

Conversación en La Catedral (1969)

Todos nos jodimos en algún momento

César Nieri

Mi tercera visita a La Catedral

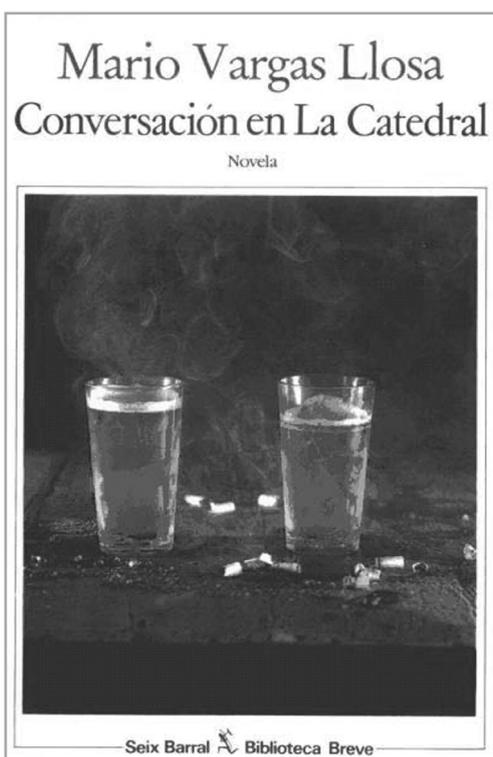
—Este trajín me ha dado sed —dice Santiago—. Ven, vamos a tomar algo. ¿Conoces algún sitio por aquí?
—Conozco el sitio donde como —dice Ambrosio—. La Catedral, uno de pobres, no sé si le gustará.
—Si tiene cerveza helada me gustará —dice Santiago—. Vamos Ambrosio.

Me parece haber oído aquel fragmento de conversación desde la mesita que tengo reservada en La Catedral. Aguardo impaciente hasta mirarlos volver a entrar. El rostro de Santiago carga una sombra mezcla de desencanto y conformismo, nadie imaginaría que es el hijo del que fue uno de los hombres más ricos del país y uno de los responsables de la revolución que derrocó a Odría. Ambrosio está acabado, luce como edificado con las cenizas del hombre que fue, cuando enamoraba a Amalia

y era chofer de don Fermín, el padre del niño Santiago, de Zavalita.

Ya he estado aquí antes y por eso sé que van a llegar, que al fondo de los vasos vacíos de cerveza la espuma vibrará hasta transformarse en recuerdos y Santiago intentará que Ambrosio le responda si fue él quien asesinó a la Musa, si fue su padre quien le ordenó hacerlo. Sé todo eso pero la emoción por oír su conversación en este bar se mantiene intacta, como si fuera la primera vez. Yo tenía dieciocho años y estudiaba —o por lo menos hacía mi peor esfuerzo— Economía. En aquella oportunidad apenas conseguí avanzar algunas páginas, pues el estilo, que alterna diálogos de tiempos y personajes distintos, me demandaba demasiada atención, la que preferí gastar sobre las peligrosas curvas económicas de aquellos días. El libro quedó entonces como un reto pendiente, pero también como un símbolo de mi intento por demorar el hecho de aceptar que estaba enamorándome de la literatura.

Probé de nuevo a los veinte años, provisto de más lecturas y portador del sosiego vocacional que obtuve luego de capitular en mis intentos por convertirme en economista, en un futuro don Fermín cuando siempre había sido un Zavalita reprimido. Aquella segunda lectura me cautivó, abría mi ejemplar de *Conversación en La Catedral* en cada rato libre para continuar descubriendo el mundo de intrigas políticas y emocionales que barnizaba —o manchaba— sus páginas. Debo confesar que sobre todo me conmovió la insatisfacción de un joven Santiago por el entorno que lo rodeaba, aquella existencia llena de lujos y comodidades pero sin profundidad,



sentido o pureza. A tal punto que él terminó rebelándose contra la forma de pensar de su padre y buscó un destino propio. Quizá esa elección lo jodió, quizá lo salvó; al menos le dejó la satisfacción de haber tomado él mismo las decisiones sobre su vida y su futuro. En aquella segunda lectura también perseguí, subrayándolas con un lapicero rojo, líneas que hablaran del amor, frases que, en ese entonces, calzaban a la perfección con algún tropiezo amoroso que ya no recuerdo o no quiero recordar, porque uno también se jode cuando ama, porque uno suele joderse por sus pasiones: “—Las mujeres son formidables —dijo Carlitos—. Rumberas, comunistas, burguesas, cholas, todas tienen algo que no tenemos nosotros. ¿No sería mejor ser marica, Zavalita? Entenderse con algo que conoces, y no con esos animales extraños”.

Es en mi última visita a *Conversación en La Catedral*, motivo de esta reseña, que he hallado y disfrutado con detalles que antes habían pasado desapercibidos, seguro porque yo había sido víctima de la impaciencia por descubrir si efectivamente Zavalita esclarecería en qué momento se jodió el Perú y todo lo demás. Y no solo eso, sino que he tenido la oportunidad de descubrir que un libro, cuando lo hacemos nuestro y anotamos observaciones en sus páginas o subrayamos pasajes que han calado de un modo especial en nosotros, puede convertirse en una referencia para volver a nosotros mismos o para comprender que a veces uno cambia demasiado y muy pronto; y que así va a seguir siendo, recordando lo último que Ambrosio le dice a Santiago en *La Catedral*, hasta que uno se muera.

Fracos de conversación

Definimos nuestra vida por nuestras acciones, sí, pero creo que la definimos mucho más por aquello que decimos o callamos, lo que a veces viene a ser lo mismo. Desde la primera vez que oí el título de esta novela, y luego en cada una de mis lecturas, siempre me llamó la atención el peso que la palabra ‘conversación’ toma en esta obra. No solo se trata del punto de partida, sino del material que da vida y sostiene esta ficción que adquiere mayor legitimidad que muchas realidades.

Conversación en La Catedral, aunque sea redundante, respira conversación, posee latidos de conversación y por sus venas corre sangre de conversación. No podría ser distinto, pues el ser humano es un esclavo del lenguaje, en tanto que su pensamiento se construye a partir de él, hacia él y por él. Resulta interesante, a la vez, comprender que la naturaleza del ser humano —su instinto básico, podría decirse— es joderse; es decir, sabotear, de muchos modos, y ahí sí la creatividad abunda, su propia felicidad. Recordemos la conversación que nos separó del que pudo ser el amor de nuestra vida o aquella que terminó por dañar irremediablemente a algún ser querido. Vivimos para comunicarnos pero fallamos, ya que muchas veces herimos con las palabras que pronunciamos o enterramos nuestra felicidad, por orgullo o miedo, debajo de aquellas otras palabras que confiscamos en el cajón de los secretos.

Es en *Conversación en La Catedral* donde encontramos la más clara evidencia de esta realidad, nuestra realidad, pues las páginas

de este libro congregan las conversaciones que llevaron a sus personajes hasta sus desenlaces: jodidos muchas veces. Somos, y son los personajes de Vargas Llosa en esta obra, frascos de conversación, conservamos aquellos diálogos, ya sea con otros o con nosotros mismos, que nos definen y deciden nuestro futuro. ¿Quién no ha sentido alguna vez que terminó jodido por algo que le dijo a otra persona? ¿Quién no ha terminado jodido, lo que es peor, por una conversación que sostuvo consigo mismo, en la intimidad de los pensamientos, antes de tomar una decisión? Lo mismo pasa con los personajes de esta obra, y es precisamente eso lo que los vuelve tan humanos.

Ahora hagámonos una pregunta que considero importante: ¿cuál es la actividad en la que la conversación adquiere un rol protagónico, a tal punto que quienes la practican muchas veces llegan a convertirse en encantadores de serpientes? Si pensaron “en la política”, acertaron. *Conversación en La Catedral* siempre ha sido reconocida, como gran parte de la obra de MVLL, como una denuncia en contra de las dictaduras. Sin embargo, creo que resaltar exclusivamente, o por encima de otros aspectos, la dimensión política de esta novela es un error; siento que la riqueza de este trabajo radica más bien en su estilo literario único, su compleja arquitectura y, sobre todo, en el minucioso desarrollo de sus personajes, esos envases de conversación que interactúan persiguiendo, como todos, su felicidad.

La política en este libro es más bien algo así como un musgo maldito que lo impregna todo y se transforma en la sombra aciaga que cierra el puño para unir todas las historias,

para enjaularlas en una prisión de dictadura y corrupción, como un combustible para la desgracia. Con un Cayo Bermúdez, que bien podría llamarse Montesinos, manejando los hilos de un país con devastadora eficiencia, a través de mecanismos despiadados: intimidación, chantajes, intrigas y manipulación. Para mí *Conversación en La Catedral* solo confirma mi repudio por la clase política que, si bien pueden presentarse escasas excepciones, está atiborrada de personajes sin escrúpulos, ambiciosos, egoístas e hipócritas. Lo más lamentable es que años después de esta novela, a pesar de que creemos que supuestamente vivimos en democracia, podemos comprobar, a la vuelta de la esquina, en el siguiente titular de periódico, que la corrupción permanece, que este país lo manejan aquellos que otorgan innumerables favores a los políticos que mañana, en teoría velando por el bienestar del pueblo que los eligió, hacen lo que quieren con el Perú mientras engordan sus bolsillos:

—Ya le he explicado —cogió el cuchillo y el tenedor, se quedó observándolos—. Cuando el régimen se termine, el que cargará con los platos rotos seré yo.

—Es una razón de más para que asegure su futuro —dijo don Fermín.

—Todo el mundo se me echará encima, y los primeros, los hombres del régimen —dijo él, mirando deprimido la carne, la ensalada—. Como si echándome el barro a mí quedaran limpios. Tendría que ser idiota para invertir un medio en este país.

—Vaya, está pesimista hoy, don Cayo —don Fermín apartó el consomé, el mozo le trajo la corvina—. Cualquiera creería que Odría va a caer de un momento a otro.